



Dr. Emilio José Baños Ardaín
RECTOR UPAEP

Cómo una universidad introduce a la realidad Primera Cátedra 2019

Queridos estudiantes de la Universidad, apreciables profesores, investigadores, consejeros y autoridades de la Junta de Gobierno que hoy nos acompañan; estimados padres de familia, amigos todos. Muy buenos días.

Hoy se les ha convocado a escuchar la primera cátedra. Para aquellos que inician su carrera, la primera clase de lo que será su vida universitaria aquí en la UPAEP. Para los demás, es el inicio de un año más en esta travesía única. Por ello es un verdadero honor para mí impartir esta lección inaugural del ciclo escolar 2019-2020. El tema que abordaré será “cómo una universidad introduce a la realidad”.

Hace casi cien años Josef Jungmann, sacerdote y profesor austriaco, afirmaba lo siguiente: “una introducción a la realidad... en esto consiste la educación.”¹ ¡Qué interesante definición de la educación! Qué razón tenía, y qué vigencia tiene para nuestro mundo de hoy. En efecto, una verdadera educación parte necesariamente del compromiso tanto del educando como del educador, para comprender y asumir en primera instancia la realidad de lo que somos, para que desde ahí podamos entendernos en relación con los otros, con las cosas, con nuestras emociones y con nuestras más grandes aspiraciones. Sólo desde ese compromiso con la realidad se puede aspirar al despliegue de todas las facultades y capacidades humanas para fraguar personalidades maduras y virtuosas que a la postre, como se plantea en el modelo educativo de UPAEP, sean auténticos artesanos de solidaridad, paz y prosperidad.

¹ Jungmann, Josef Andreas, *Christus als Mittelpunkt religiöser Erziehung*, p. 20, apud: Giussani, L., *Educar es un riesgo*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1991, p. 37.

Pues bien, hoy como ayer la Universidad tiene la grave misión de introducir a todos en la realidad. Pero ustedes me preguntarán, ¿realmente tenemos necesidad de ello?, ¿qué no ya estamos inmersos en este mundo de gozos y de penas que configuran nuestra vida? Es más, si no estamos introducidos en la realidad, ¿en cuál tipo de virtualidad existimos?

Introducir quiere decir que estamos fuera... ¿pero en qué márgenes de la historia de nuestro pueblo habitamos?, ¿cuál es la torre de marfil desde la que contemplamos indiferentemente la suerte del otro? O para llevarlo a un terreno de la picaresca política, ¿cómo es que nos permitimos aceptar sin más, que nuestro país *va re que te bien*, y nos conformamos con el argumento infalible de *yo tengo otros datos*? Algo no funciona allá arriba, pero tampoco en nosotros.

Como hilo conductor para responder a tales interrogantes me auxiliaré de algunas ideas de un personaje inglés; o quizás habría que decir de un auténtico provocador de su tiempo y de nuestro tiempo cuyo pensamiento, inquieta hasta el más ecuánime de los pensadores, investigadores, líderes, y no se diga políticos de hoy. Me refiero a Gilbert Keith Chesterton.

Una primera afirmación que quiero tomar del autor respecto de cómo plantarnos ante la realidad, es casi paradójica. Dice Chesterton que “necesitamos ser felices en este mundo de maravillas sin sentirnos en él ni siquiera confortables”². Hasta aquí la cita. Hay dos partes en esta afirmación. La primera, es que este mundo está repleto de maravillas y nuestra actitud primigenia ante este espectáculo es la felicidad. Este mundo, y espero la universidad les ayude a descubrirlo, es un mundo de un equilibrio fascinante, desde las interacciones cuánticas hasta los equilibrios de los biomas del planeta; desde las leyes de la mecánica o de la óptica, hasta las leyes de la economía y la sociología; desde los principios terapéuticos que nos da la medicina hasta los que nos ofrece la psicología. Todas las carreras universitarias cultivan una parcela de lo real, y con una mirada atenta y penetrante, descubren *maravillas* en ese espectro de la realidad que investigan. Tal como afirmaba Aristóteles: “Lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones fue, como lo es hoy, la admiración”.³

La segunda parte de la afirmación de Chesterton dice que, pese a descubrir maravillas, no debemos sentirnos en el mundo *confortables*. La cosmovisión cristiana sabe que el hombre, en medio de un mundo bueno, fue puesto en el jardín del Edén “para que lo trabajara y lo cuidara” (Gn 2,15). La bondad del mundo no se contrapone con la tarea de mejorarlo, de distribuir sus frutos a todos los hombres, de hacer de él un hogar donde la acogida y el encuentro sean la tónica de nuestro vivir. Y estas tareas son interminables. Pero además hay una realidad también inescapable. Este mundo, por razones que hoy no abordaremos, pero cuyos

² Chesterton, Gilbert Keith, *Ortodoxia*, p. 5.

³ Aristóteles, *Metafísica*, I, Cap. 2

efectos son evidentes, está tocado también por el mal, y eso es algo que inquieta a propios y extraños. Por ello somos eternos insatisfechos, y en esta insatisfacción por cierto se finca el modelo de liderazgo transformador UPAEP. Allí radica la motivación para nuevas acciones, para grandes empresas que aún nos aguardan.

Estar *cómodamente* en la realidad, significaría renunciar a nuestra vocación primigenia, asumiendo una actitud de distancia y confort, de indiferencia ante los desafíos y de complicidad con las injusticias.

De este modo, introducirnos en la realidad supone un doble movimiento: ir al mundo para admirarlo, pero también ir a él para transformarlo. Un movimiento contenido también en el binomio inseparable de la cosmovisión cristiana: vida contemplativa y vida activa, *ora et labora*. Digo que es un movimiento doble porque, por una parte, admirar supone respetar, dejar ser, comprender, ser dócil y humilde a las leyes naturales que están allí, frente a nosotros; pero, por otra parte, transformar supone cambiar, alterar, modificar, revolucionar algo, ser valiente, inconforme y osado; ya sea en el laboratorio para encontrar la cura ante una enfermedad nueva, ya en la arena política ante las nuevas formas de opresión y tiranía. No obstante, tenemos que admitir que a menudo tergiversamos este doble movimiento: somos dóciles ante lo que debíamos ser revolucionarios y nos alzamos en contra de lo que solicitaba nuestra humildad.

De nuevo acudo a Chesterton. Dice él: “Usted puede liberar las cosas de sus leyes accidentales o accesorias, pero no de las leyes propias de sus naturalezas... No libre al camello de su joroba: puede estar librándolo de ser camello. No se pasee como un demagogo incitando a los triángulos a evadirse de sus tres lados. Si un triángulo se sale de sus tres lados, su vida llegará a un lamentable término.”⁴ Este es el corazón de toda ideología, de derechas o de izquierdas, relativa a la propiedad privada o a la sexualidad: liberar de algo esencial a un ser, para dejarlo sin ser lo que era y, por tanto, sin anclaje y posición para plantarse libremente en la realidad. Habría que evaluar tales pseudo-liberaciones por sus efectos destructivos sobre los presuntos liberados. O bien, para decirlo en positivo: una auténtica liberación quita lo accesorio, elimina el lastre y permite el despliegue. Un buen veterinario no cercena las alas adoloridas de un ave, sino que las cura y rehabilita.

Permítanme ahora dar algunas pinceladas sobre tres ideologías que cada vez con más preocupación advierto en el horizonte de nuestra vida social y personal; tres atentados contra nuestra capacidad de entender y valorar nuestra realidad. Éstas son la ideología del consumo, la ideología de género y la ideología individualista.

⁴ Chesterton, Gilbert Keith, *Ortodoxia*, p. 32.

La primera, la de consumo, nos promete que en el tener estriba la razón de nuestro ser; que el hombre es un “*homo consumens*”, pasivo y poco creativo, atento sólo a la satisfacción de su deseo y quien ve en lo que ya no le satisface sólo un “desecho” del cual hay que librarse lo más pronto posible. La “cultura del descarte”, de la que tanto nos advierte el Papa Francisco, es una consecuencia de esta ideología de consumo. ¿Por qué somos tan buenos desechando desde celulares hasta amistades? Tal vez porque enseguida hay algo más, alguien más... que volverá a ser tragado por ese deseo de consumo, en una interminable espiral de destrucción y de soledad. En contraposición, en esta universidad queremos fomentar el emprendimiento, la creatividad, la perspectiva comunitaria para poner “toda la carne al asador” y generar condiciones de justicia y desarrollo para todos. Esto que propone UPAEP no es una aspirina para calmar la conciencia, es una convicción que surge de asumir el realismo de la esencia de la persona, que no encontrará la plenitud en tanto su horizonte no sea el de servir y transformar.

La segunda es la ideología de género, tema muy complejo del cual por la brevedad del tiempo diré sólo unas palabras. Ésta es la tesis: la apertura al otro más otro, es al otro sexo. Allí se registra una perspectiva única en modos de ver y vivir la vida, tanto física como existencialmente. La ideología de género apunta en dirección contraria: pretende superponer conceptos y experiencias que no solo desprecian esta riqueza, sino que pretenden suplantarla a partir de la prolongación del propio yo, que es incapaz de esa confrontación que supone el otro sexo. Hoy se predica una pluralidad, pero dentro de la misma perspectiva vital, y a querer o no, esto deviene en una vorágine que cicla a la persona, la frustra a ella y a su entorno. En cambio, el encuentro con alguien radicalmente distinto y a la vez carne de su carne, hombre-mujer, es definitoria de la persona. Supone un desafío, un verdadero encuentro con la alteridad que, en contraposición con la dinámica circular, resulta en una dinámica expansiva, porque la alteridad implica donación, y la donación es inagotable en sus frutos. En este encuentro la *alteridad es alterante* (otro que realmente me desafía y descentra). La mujer y el varón son capaces de formar un auténtico “nosotros”, unidad desde el valor de la diferencia.

Me permito aquí abrir un paréntesis que viene a cuento. Hace unos días viajamos a la base AMES de la NASA, en California. Más allá de la gran satisfacción que ha supuesto presenciar la aprobación para que el satélite hecho por UPAEP sea lanzado en próximas semanas, les comparto algo que ha rondado en mi mente desde entonces. Estuvimos con el grupo directivo de este centro de la NASA, y nos compartieron las próximas misiones para enviar de nuevo al hombre a la luna en el 2024, como preámbulo para la conquista de Marte en los años sucesivos. Es impresionante la dedicación de recursos humanos, tecnológicos y financieros para lograrlo. Pero más impactante es observar el respeto que en cada una de sus acciones le brindan a la naturaleza del cosmos y las leyes que lo rigen. Podría decir que es un respeto prácticamente sagrado. Ante su fuerza, magnitud y grandiosidad permea una especie de regocijo profundo que surge como efecto de aprehender,

con h intermedia, nuevas realidades. Pues bien, es absolutamente verificable que hoy y aquí mismo en el auditorio, en cada uno de ustedes radica una realidad mucho más sorprendente, compleja y trascendente en comparación a lo que en NASA se trabaja. Por supuesto no pretendo minusvalorar lo que ahí se gesta, busco por el contrario que nos atrevamos a contemplar y valorar lo que cada uno es y puede llegar a ser con los otros.

Es por ello que frente al otro, ante los que tenemos más próximos, debiéramos volcar toda nuestra capacidad para descubrir lo que valen en todas sus dimensiones. En efecto, ante lo más sagrado de nuestra existencia que es la persona misma, nadie tiene derecho a someterla o sojuzgarla, mucho menos a utilizarla. Si esto es cierto para toda la dimensión afectiva de la persona, lo es más para el acto de total donación del hombre y la mujer, que sólo adquiere su plenitud cuando se vive en un “nosotros dos”. Es aquí donde se verifica la dimensión expansiva de la que hablábamos líneas atrás, pues tiene lugar una novedad en la historia del universo: el hijo. En este encuentro la *alteridad es fecundante*. El otro realmente me hace trascender mi propio tiempo y espacio con el don de un ser que, eventualmente, me sobrevivirá. El hijo es la alteridad que surge como fruto del encuentro de dos alteridades. Qué razón tenía Chesterton cuando afirmaba que “no estamos alterando lo real para adaptarlo a lo ideal. Estamos alterando el ideal: es más fácil.”⁵ Ante el peso de esta grandeza, cualquier ideología se desploma. Nada se puede superponer a la realidad.

La tercera ideología dominante en nuestro tiempo es el craso individualismo, que deriva en una indiferencia social y apatía política, en una desatención a lo que sucede en nuestro alrededor y en nuestra Patria. Ustedes jóvenes deben ser el termómetro de la inquietud social, del trabajo y atención por el otro, de la búsqueda de justicia. Si ustedes no detonan esto en la sociedad, ¿quién lo hará? Chesterton recurre a una gran lección que nos deja el cuento de *La bella y la bestia*: “una cosa debe ser amada antes de ser amable”. Es decir, en muchas ocasiones debemos aprender a amar y a trabajar por una realidad social deficitaria o defectuosa, pero fruto de nuestro trabajo dicha realidad se embellece paulatinamente... y al final, sólo al final de un acto heroico, es que nos aparecerá radiante y gozosa. El individualista piensa un poco como Gastón, el antihéroe del mismo cuento, para el cual la aniquilación de lo que le estorbe es la primera carta a jugar en este gran juego de la vida. La realidad social a nivel mundial encierra dramas enormes, ustedes lo saben: inseguridad y violencia, corrupción y mentira. Asistimos a nuevas formas de “tiranías suaves” de los gobiernos, y a un populismo que está dividiendo sociedades en vez de construir puentes entre las comunidades.

⁵ Chesterton, Gilbert Keith, *Ortodoxia*, p. 91.

Hoy se espera de los universitarios el no ser comparsas de la indiferencia. No se encierren en su torre de marfil, en sus celulares, en sus “grupos” de Whatsapp... ábranse a toda la realidad, introdúzcanse a la realidad social y política de Puebla, de México y del mundo: pues éste es su mundo. La tesis de ser feliz surcando las grietas del individualismo no se sostiene por ningún sitio. Los grandes héroes de la humanidad son los que degustan la victoria del haberse dado a los demás. Ustedes mismos tienen el ejemplo de estos héroes que son sus padres y quienes les han llevado hasta donde están hoy. Es difícil, sí; es retante, ni dudarlos, pero como decía el poeta Virgilio “la victoria sólo aguarda a los audaces”.

El propio Chesterton nos da una lección magistral al afirmar que: “En las concepciones del ideal de sociedad moderna, hay algunos deseos posiblemente inaccesibles; pero hay algunos deseos que son indeseables (...) Nunca pude concebir o tolerar una Utopía [un sueño], que no me dejara la libertad que más aprecio, la libertad de atarme yo mismo. La anarquía completa [hoy diríamos, escudarnos en las redes sociales, en el anonimato, en la borregada] no sólo haría imposible tener disciplina y fidelidad alguna; también haría imposible tener alguna diversión (...)”. Si verdaderamente quiero divertirme, es porque estoy dispuesto a implicar mi propia vida, y en ello va mi apuesta. Continúa nuestro autor: “Si apuesto es porque pienso pagar, o si no, en apostar no hay poesía. Si desafío es porque pienso pelear, o si no, no hay poesía en el desafío. Si hago voto de ser fiel, debo ser maldecido cuando soy infiel o si no, no hay ningún atractivo en la promesa sagrada (...) pediría conservar mis pactos, pediría que mis juramentos y mis compromisos se tomaran seriamente; pediría que la Utopía vengara mi honor sobre mí mismo.”⁶ Hasta aquí la cita.

Querida comunidad universitaria, ¿qué tienen en común estas tres ideologías de las que he hablado? Creo que ya vamos develando la respuesta. Hay en todas ellas una trampa: se trata de reducciones de la realidad, que se pretenden absolutizar, y muchas veces imponer. Nos impiden penetrar en la realidad tal cual es, con sus maravillas y sus desafíos, con su caos y su orden, con su belleza y su alteridad.

Educar, decíamos al principio, es introducir a la realidad. En esta casa de estudios, profesores, investigadores y sus propios compañeros les brindarán múltiples experiencias profundamente significativas que serán el impulso para que abracen esta realidad y se comprometan con ella, para transformarla. Todos, en comunidad, iremos aproximándonos poco a poco a la verdad que no es otra cosa sino la capacidad de adecuar nuestra razón a la realidad. Una verdad que probablemente nos cambiará algunos esquemas superficiales que teníamos, una verdad que en más de algún momento nos retará, pero una verdad que seguramente nos llenará de alegría... En último término, toda verdad apunta a la Verdad con mayúsculas, que para el creyente es Alguien cuyo encuentro es el principal don y misterio que podemos tener en nuestra existencia, es la realidad última, fuente de todo sentido y

⁶ Chesterton, Gilbert Keith, *Ortodoxia*, p. 106-107.

que resignifica lo que somos. Por cierto, en UPAEP puedes tener este encuentro las 24 hrs., la cita es en el centro del Campus, y la lección se atiende de rodillas.

Se nos proponía también al inicio: Ser felices en este mundo sin siquiera sentirnos confortables. Si estuviéramos “a gusto” en el mundo, haríamos las paces con el dolor, la enfermedad, la injusticia, la pobreza, la ignorancia... Seríamos sujetos insensibles, seres encerrados en estas ideologías reduccionistas. ¿Para qué meternos en tanto lío? El pesimismo es en realidad un darse por vencidos, es asumir la filosofía de Timón y Pumba del “Hakuna matata” –supongo que ya vieron el remake del Rey León–, de no preocuparse ni por próximos ni por lejanos. En consonancia con estos personajes, Chesterton afirmaba que el pesimismo no es cansarse del mal, sino cansarse del bien... Yo les invito, por el contrario, al “*Duc in altum*”. Esta expresión, “conduce hacia adentro” (Lc 5,4) es la respuesta que Jesucristo dio a Pedro y otros pescadores cuando éstos le indican que no habían pescado nada durante la noche y, no obstante, él los invita a “remar mar adentro”, a navegar más allá de la zona donde habían trabajado y no habían obtenido el resultado esperado. Ir más allá, llevar la barca de nuestra vida más allá de lo cotidiano y habitual debe ser el distintivo del líder transformador UPAEP. Hay que aceptarlo, todos tenemos una zona de confort, unas aguas que conocemos muy bien. Pero “ir más allá” supone desafiarnos a nosotros mismos, significa recibir una formación de excelencia y responder a tal exigencia también de modo excelente. “Ir más allá” es aventurarnos a las realidades sociales que nos interpelan para transformarlas en orden al bien común. “Ir más allá” es salir de nosotros mismos para “introducimos en la realidad”.

Por último, jóvenes, querida comunidad universitaria, les invito a observar con detenimiento el Mural de la Identidad en el pasillo de Fundadores. Podrán observar cómo al final, leyéndolo de izquierda a derecha, encontraremos la barca que boga mar adentro y el llamado universal que se nos hace a todos de dar lo mejor de nosotros mismos, de dar ese “plus” que nos caracteriza como líderes comprometidos. “*Duc in altum*” se ha de escuchar en cada momento de nuestra vida: cuando ya las fuerzas son débiles, cuando las dificultades económicas, políticas y sociales aparecen, cuando las relaciones humanas están al borde de la fractura, cuando nuestras manos son insuficientes para atender el dolor y trabajar por la justicia. “*Duc in altum*” es el llamado a hacer de modo extraordinario lo ordinario, es hacer las cosas al estilo UPAEP.

Bienvenidos al nido, bienvenidos a su Alma Mater.